

***Alé. Luz de la Luna.* María Isabel Lara Millapan**

Por Paula Miranda

Pontificia Universidad Católica de Chile¹

María Lara Millapan publica este su segundo libro a sus treinta y tres años, la misma edad que tenía Mistral cuando se fue para siempre de Chile, "edad peligrosa –decía Teitelboim– para una creyente sin Iglesia" y a la edad en que Violeta Parra comenzaba a recopilar sus primeras canciones del folklore chileno, por todos los rincones del país, por su cuenta y sin ningún apoyo institucional. A los treinta y tres años, nuestra poeta de Quepe se enfrenta con más poder y resolución a su propia época, y yo festejo la posibilidad que tenemos hoy de escribir una historia distinta para nuestros artistas y para nuestros poetas, al menos en algunos casos, gracias a las luchas que ellos mismos han librado.

La primera lectura de *Alé. Luz de la Luna*, deja en uno el eco de la paz y la quietud, de los reencuentros, una suave brisa despejando la nubosidad. Está escrito en lógica de interculturalidad, es bilingüe, en español y en mapudungun, pero no todas las palabras están traducidas desde la lengua mapuche, especialmente algunos de los títulos de los trece poemas que componen el libro. Se omite por ejemplo la traducción de la palabra "kintu", buscadora, con la que la autora titula su octavo poema, como si dicha omisión fuese también la denuncia respecto de aquellas palabras o sentidos que hemos ido perdiendo en la comprensión de mundo desde la lengua castellana y la evidencia de que en mapuzungun, su vigencia persiste. Pasa lo mismo con títulos como "pewma", sueño; akun (volver del viaje) o choyün (renacer, volver a vivir). Palabras tan vitales y vibrantes y absolutamente en desuso en la lengua castellana. Por eso los silencios en algunas traducciones de títulos o de poemas completos. La poeta ha preferido omitir la traducción, para que no empañemos o tergiveremos la interpretación que habita en toda traducción, para que comprendamos el mundo desde otros idiomas y también para pensar en aquellas palabras que nuestra propia lengua ya no es capaz de decir.

Lo primero que impacta es la multimedialidad y la agilidad gráfica del libro. Los poemas y títulos de los mismos se escriben en distintas grafías, muchas manuscritas, pero además se intercalan fotografías e ilustraciones de la académica Valentina Díaz y de Eduardo Rapiman, quienes le han dado un enriquecedor contexto plástico a los textos. Este libro está más allá del libro, en el mismo sentido de la exigencia que hacía Neruda en su "libro, déjame libre". Este libro multimedial no solo se debe a la preocupación o especialidad pedagógica de la autora, este afán se debe también a su apego a la cultura mapuche, que, como toda la cultura originaria, configura sus cantos, relatos y mitos en el universo oral, sonoro y visual; en una poligrafía necesaria para la socialización y la preservación de esas prácticas verbales. Lara Millapan nos recuerda con este gesto, el del libro "fuera" del libro, que la palabra poética, para preservar su belleza y sentido, tiene que llenarse de colores, olores, evocaciones, percepciones y grafías y también, por qué no, de sonidos y melodías, que son las que escuchamos cuando leemos su libro en voz alta. Multiarte ha sido llamado

¹ Trabajo financiado por el Centro Interdisciplinario de Estudios Interculturales e Indígenas-ICIIS. Código del Proyecto: CONCYT/FONDAP/ 1510006.

el legado de Violeta Parra y Mistral casi cantaba sus poemas cuando recitaba. A María Lara le pasa algo parecido. En esta línea de oralitoras (en la letra, pero a partir de una memoria oral, como me explica Elicur a Chihuailaf) es desde donde hay que escuchar, leer y ver a nuestra poeta.

Pero lo más interesante es que esta forma multimedial y multicolor se justifica por el contenido de los poemas. La presencia viva de la naturaleza en él, de las araucarias y de los robles, de los temu y de las torcazas, de las luces y sombras proyectadas por la luz de la luna, todo ese universo rico en percepciones y emociones solo podía ser dicho en un libro multiartístico. Y esto, porque además su palabra está asociada a la sacralidad que nos rodea y que nos habita y por eso es siempre una palabra viva, poligráfica, que se dice y escribe de mil maneras: como Tairasawichi que pintaba el universo en su rostro, o Hiawatha que construía bellos relatos con conchas o la escritura pintada del mundo nahuatl o la palabra tejida del witr al mapuche. Por eso asistimos aquí a sentidos diversos, pero también a percepciones y texturas amplificadas de la palabra: en el libro están los títulos con diversas grafías, las palabras manuscritas suavizando la dureza de la letra impresa, las fotografías de la propia autora y de un ave; las ilustraciones evocativas de paisajes boscosos, de árboles, montes y lagos en la penumbra, tal y como se está en el lago de Icalma, mirado de noche desde un bosque de araucarias. Llama la atención la ilustración de Eduardo Rapiman en que las espirales de un sol arremolinado trasmuta el paisaje en tenues cuerpos que flotan entre la brisa.

Estas imágenes plásticas y también los poemas de María Lara son un viaje por el küpalme y el tüwün mapuche, como bien lo piensa mi amigo Elicura Chihuailaf en el prólogo de este libro, un viaje HACIA la identidad territorial y espiritual (el tüwün), dada por el lugar donde se ha nacido, y DESDE la propia fuerza interior, heredada de los ancestros y de la propia madre (que es también la madre tierra): el "küpalme". Por eso, en el último poema del libro, "Chöyun", se vuelve a nacer, se renace en la memoria de los antiguos: "Nuestros abuelos ordenaron la vida/ los seres sagrados que la habitan/ volvamos hoy, volvamos/ vuelve a reconocerles".

Pero ¿cuál es la diferencia de esta búsqueda con lo realizado por otros poetas, en otros poemarios o en otras acciones? Aquí la poesía nos ofrece la imagen de una buscadora ("kintu" se llama uno de sus poemas y kinturayen es el apodo de la autora). Esa "kintu" observa con excesiva atención y penetración aquello que recorre, para constatar la permanencia de los ciclos naturales y la insignificancia de las amenazas. La guía su lengua, el mapudungun; el "alé", la luz de la luna y el sueño, el "pewma" revelador y vivificador que habita en todo "buscador". Lo que busca en este a veces fatigoso viaje es el origen, del canto y del mundo que este porta. Se viaja al lugar donde nace el canto, allí donde todo llega y donde todo comienza, como diría el cantor. El viaje no es épico ni heroico ni mítico, es un viaje a través del canto, del ül, para encontrar el espíritu y las claves de ese mundo: "busco tu espíritu/ que habla de la sabiduría de la tierra/ que entone el canto/ de las aves del sol". Pero la tarea no es fácil, las claves se han perdido. Por eso el poemario de María Lara se abre con algunas certezas, pero también con muchas incertidumbres. En el poema inicial "Mapudungun mew" se sabe que con la lengua propia, el mapudungun, se puede nombrar, llamar y entender el mundo. Dice: "En mapudungun puedo nombrar el agua, el viento, la tierra";

sin embargo, el yo de ese poema constata inmediatamente la fractura. En la segunda estrofa dice y ahora en tiempo condicional: "Si hablara mapudungun, /podría entender la tormenta como una respuesta/ y la salida del sol como el origen de la vida". Si la lengua estuviese viva en la voz, entonces ahí sí el pensamiento cosmológico y analógico se realizarían a plenitud y habríamos recuperado las claves para interpretar rectamente los signos de la naturaleza. Pero todo está en un tiempo verbal que no terminará nunca de realizarse.

Este viaje comienza entonces en la lengua mapudungun, lengua de la tierra y con un sueño, como un guiño al sentido del "pewma" en su anterior y primer libro "Puliwen ñi Pewma" (Sueños de un amanecer, 2002). Ese sueño, revelador y develador de misterios y destinos, está en el segundo poema "Sueño en la nueva salida del sol". Gracias a la conmemoración del nuevo tiempo, del nuevo sol, del nuevo año (el Wetripantu), el sueño y el alma podrán retornar al canto y crecer junto a él. En el viaje que sigue, aparecen distintas fuerzas espiritualizadas de la naturaleza, que ayudarán a este ser (que es un yo, pero también una comunidad) a desplegarse en plenitud. La poesía ahora se repleta de despedidas, de reencuentros, de *saudades* y retornos. Salir del lugar, reencontrarse en otras latitudes y retornar al bosque en que habitamos y que nos habita, es vivificante, pero también peligroso. No es solo el yo el que parte, también los ancianos lo hacen hacia el "wenu mapu", los árboles dejan la huella de sus frutos en el camino y las aves (el maykoño, la torcaza) lloran las despedidas. Se confía en el poder de la palabra y en la perseverancia de la naturaleza nativa, pese a la terrible historia de ecocidio y despojo del que ha sido víctima la tierra y la gente de la tierra. "El abuelo no quiere vender sus tierras/ por más dinero que le ofrezcan". Por eso no solo tristeza hay aquí, pues mientras ese viaje ocurre, los ciclos de la naturaleza han seguido su curso: "y una vertiente nace de las montañas/ para venir a refrescar tu corazón". La "buscadora" que retorna podrá volver a caminar por las montañas, en medio de las araucarias, esas inmensas protectoras, y entender la voz del viento entre los árboles y sanarse con las hojas que "sanar el dolor del tiempo". La buscadora será recibida por su madre y su lengua, lugares de donde nunca salió.

Pero hay un último sentido que me interesa destacar aquí, y es la luminosidad con la que esta buscadora-observadora realiza su viaje. Tal vez uno de los rasgos únicos, por lo personal, de María Lara sea este de la luminosidad en medio de la tenue oscuridad. Una luz que le viene de la luna, una luz que varía según sus ciclos y energías (según esté nueva, llena, menguante o creciente) y que hará que el mundo recorrido quede suspendido entre la irrealidad y lo real, entre las sombras y la claridad, entre la oscuridad y la luminosidad de la noche. Hay un juego aquí entre el peso de lo real, y la frescura de lo posible. Una luz que variará según los ciclos, pero que de todas maneras, como el canto, alumbrará a los seres y a las cosas. Esta luz permitirá encontrar el equilibrio, y logrará cumplir lo que se le exige a cada uno en esta vida: armonía con el universo y con uno mismo.

El libro de María Lara es por lo tanto mucho más que un libro, es una invitación. Una invitación a mirar en la noche e interpretar correctamente los signos, cada uno desde su propia cultura, pero en diálogo con todas las lenguas: "desde esta distancia bendigo el idioma que me has dado, /porque en mi regreso podré oír de nuevo tu voz, /podré hablarte y me entenderás". Gracias por tu palabra, chaltu may, María Lara Millapan.

Aliwen

Alé. Luz de la Luna.

María Isabel Lara Millapan

Ilkaluwan pu aliwen mew
fey nütramkayan trukur engo
ñi pelom trekan
lleney tañi pu che ñi dungun.

Ilkaluwan rangintu mawida ñi rayen mew,
katruan kuyfi pewma, liftuan ñi rakiduam
külon tapül engo.

Me refugiaré entre los árboles más antiguos
y hablaré con la neblina,
su paso visible e invisible
tienen la imagen de lo sagrado de mi pueblo.

Me refugiaré entre las flores de la montaña,
cortaré el lejano sueño
y despejaré mi pensamiento
con hojas de maqui.

Villarrica: PUC/ América Impresores, 2012.